

Tres sillas de Anea

Maribel Álvarez

ALEJANDRÍA NARRATIVA

Premio Juan Pablo Forner 2002



obvias

Nada más acabar la Guerra Civil española, cuatro mujeres solteras alrededor de la veintena adoptan a una sobrina de cinco años que ha quedado huérfana después de la contienda. La niña actuará como testigo presencial de las conversaciones de las adultas: mujeres guapas de cierto nivel social con el único objetivo de encontrar un buen partido para casarse en un tiempo en que los hombres escasean.

Tres sillas de Anea nos sitúa en el Oviedo de posguerra, una ciudad asolada por la destrucción y donde se cierne la más envenenada de las mojigaterías.



Tres sillas de Anea

Maribel Álvarez

www.edicionesoblicuas.com

Tres sillas de Anea

© 2015, Maribel Álvarez
© 2015, Ediciones Oblicuas
EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/ Lluís Companys n° 3, 3° 2ª
08870 Sitges (Barcelona)
info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-16341-44-3

Primera edición: marzo de 2015

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Cuando Amelia, de seis años, le preguntó a su tía Irene, de veinticuatro, por qué aquel señor sentado frente a ellas llevaba el puro colocado dentro del pantalón, ¿dónde, Amelita?, pegado al muslo, tía, supo que no debía volver a preguntar jamás cosas relacionadas con los señores y con los puros.

Recordó entonces que su papá no lo llevaba. Tal vez porque las hermanas de su papá no le consentían fumar. Qué asquito me da ese olor a picadura. Anda, hermano, vete a fumar al café, que aquí lo impregnas todo y luego no hay quien respire. No le digas que se vaya, tía Irene, llueve mucho. Que se ponga la boina o que se refugie bajo los aleros, hija.

Amelia recordaba otras cosas. Las carreras hacia el refugio cuando la sirena atronaba y que Irene no consentía en bajar, a pesar de la insistencia de sus hermanas.

Irene no podía olvidar el episodio de los piojos. Una noche en la que las bombas no cesaban, se había quedado a dormir en el refugio. A la mañana siguiente, cuando regresó a casa llena de picores, constató la invasión de piojos sobre su cuerpo; hasta en los agujeros del encaje del sostén se habían incrustado. Pensó que era lo peor que le había ocurrido en la guerra. Lloró tanto de rabia y de asco que a partir de entonces se propuso soportar sola los bombardeos en una minúscula carbonera abandonada, escondida bajo el arco de la escalera, en el descansillo del tercer piso de la calle de la Magdalena número doce.

Sus hermanas no se explicaban por qué Irene era capaz de permanecer sola en aquella relativa seguridad, con los miedos y las aprensiones como única compañía, pero el terror a los piojos era superior. Además, se me puede pegar cualquier otra porquería como la sarna, vete tú a saber, y yo me muero, qué asco, madre mía.

Y es que Irene era una belleza. La llamaban la Yin Arló asturiana, y no exageraban. Su pelo, un poco más oscuro que el de la actriz, flotante y acompasado, rozaba su perfil derecho. Las cejas, depiladas hasta conseguir el hilo que enmarcaba los ojos, como ejes en perfecto equilibrio. Se recortaba ligeramente los labios al pintárselos; demasiado gruesos, parezco qué sé yo... Alta, delgada. Irene se dolía; demasiado alta y demasiado delgada. Uno sesenta y siete y sesenta kilos. No se sentía contenta con sus pechos pequeños y rellenaba el sostén con algodón. En tiempo de escaseces, con pañuelos.

Irene se había reservado, con sumo cuidado de no estropearse, para cuando terminase la guerra. Entonces buscaría un hombre. Un hombre limpio, bien afeitado, con la piel lustrosa y suave, aunque nada afeminado, no, eso no, uno de esos hombres que usan loción para la cara, de los que se arriman mucho y respiran sobre la piel. ¡Dios mío, el aliento de Armando! Cuando lo invocaba era como si todos los poros de su cuello fueran bocas minúsculas succionando ansiosas. Ella jamás le había confesado que aquel aliento la volvía loca. ¿Hablar de eso una mujer? Imposible. Me hubiera considerado una perdida, se decía con abatimiento, e Irene recordaba entonces las artimañas que empleaba para conseguir sus fines sin que Armando se diera cuenta. Le acercaba la cara hasta rozar la de él con coqueteos tímidos, luego apoyaba la cabeza en su hombro con gesto mimoso para que le acariciara la melena, para a continuación restregarse sumisa contra él hasta que su cuello quedaba completamente pegado a la boca de Armando. Era cuando a él se le aceleraba la respiración, la saliva se le agitaba entre los dientes, se le escapaba entre los labios medio abiertos, le humedecía la piel, y a los pocos segundos Irene necesitaba con urgencia un asiento porque las piernas eran un puro temblequeo y sostenerse en pie, un esfuerzo insoportable. Sentada, en un banco del parque y con mucha

luz, para que la gente que pasase no viera en su actitud nada reprobable.

Esa postura de su cuello no suscitaba desconfianza, sin embargo, allí se encontraba su punto de aceleración. Estrujaba un muslo contra el otro con un movimiento apenas perceptible, apretaba la respiración y se tapaba la cara con el pelo. Sospechaba que su cara crujía y se le transfiguraba cuando le ocurría aquello. Armando le preguntaba que qué le pasaba, y ella decía que un escalofrío le había recorrido el cuerpo, que por eso temblaba, y es que la humedad del parque se le calaba hasta los huesos, aunque le encantaba, pero ahora vámonos, Armando, que llevamos mucho rato aquí y si vuelve a pasar alguien que ya nos ha visto, qué dirá de nosotros.

Los arrebatos de arrepentimiento la conducían de inmediato a la iglesia. Si no coincidía con algún culto establecido, ella misma lo inventaba: rezar siete padrenuestros a las siete de la tarde durante siete días, un Ave María al sonar las campanadas de las horas en la iglesia de San Isidoro, entrar en siete iglesias y persignarse con agua bendita. O cualquier cosa antes que confesarlo. Venceré la enfermedad, dame fuerza, Dios mío, pero no me obligues a pasar por esa vergüenza. No, no. ¡Ayúdame! Sus hermanas no entendían esa necesidad imperiosa de Irene de salir de pronto a todo correr hacia la iglesia y le aseguraban que se excedía con tantos fervores, pero ella les respondía que un impulso irrefrenable de agradecimiento y de fe la impelía a buscar a Dios. Además, dejadme en paz con mis manías, que yo no me meto en las vuestras. E Irene cortaba cualquier posibilidad de que se inmiscuyeran en los asuntos de su alma. Qué sabrían sus hermanas de su sufrimiento después de las aceleraciones, de esa enfermedad incontrolable de la que eran presa los hombres a los que atacaba sin excepción y que, sin embargo, la había alcanzado a ella, Dios sabía por qué. Estaba segura de que el padre Mariano no la absolvería y la culparía, aunque no se lo dijese; el tonillo

resignado al imponerle la penitencia, la respiración agitada, incluso la tos. Al fin y al cabo no dejaba de ser un hombre. No. Jamás lo confesaría. Si acaso en el último momento de su vida, cuando ya el terror al infierno la dejase sin habla, entonces, con los labios cerrados y la mente clara, recurriría a la Virgen Misericordiosa a fin de que le concediera tiempo para arrepentirse. Dios conocía su impotencia para luchar contra el mal. Era una dolencia de nacimiento, por eso no podía evitarlo; actuaba contra su voluntad, arremetía sin compasión. Ella era la portadora de ese pecado inconfesable del que jamás podría hablar a nadie. ¡Qué desgracia, Señor, por qué me has castigado con esto!

La vida comenzaba a reorganizarse. Nada más terminar la guerra las familias llevaron a cabo el recuento: hombres de menos, niños de más.

Amelia pertenecía al grupo de pares sueltos dejado por los bombardeos.

Era la sobrina de las cuatro hermanas solteras de su padre.

La madre de Amelia había muerto durante el parto de su segundo hijo, en plena guerra, en un hospital abarrotado de soldados. Lo llamó Luis. La sobrevivió ocho días.

Amelia fue rescatada por Matilde una tarde de frío inconsolable, próxima a las Navidades del treinta y siete.

Y ahora, su padre debía regresar del frente de un momento a otro.

Con ese equipaje, Amelia había entrado a formar parte de la vida escrupulosamente organizada de Irene, Amparo, Matilde y Custodia.

Uno de los cambios que Amelia notó al finalizar la guerra fue la aparición de un nuevo nombre en la familia. Mencionaban a menudo a un tal primo Antonio, o primo de las Américas, pero Amelia supo desde el primer momento que se referían a su papá.

Sus otras dos tías, Sagrario y Cerina, casadas, vivían en sendos pueblos de la provincia, con un marido cartero, Sagrario, y un guardia civil, Cerina.

Irene era bordadora y esperaba a que las ansias de vestirse con finuras y primores resucitaran en las mujeres.

Matilde dirigía la academia de corte y confección Mujer de Hoy, y ocupaba con su taller una sala enorme y desanglada al otro extremo del piso. Alguna alumna atrevida resistió las clases entre bombardeos.

Amparo cosía en blanco. Las mujeres ¿cómo se las arreglarán para encontrar hombres tan pronto para casarse, si casi no quedan, si hay que fabricar nuevas remesas?, se de-

cía, mientras pasaba los respuntes a jaretas y vainicas en camiones, bragas, sostenes. Amparo, además, fue la encargada de atender a la sobrina desde el mismo día de su llegada, por orden de Matilde. Su habilidad en el trato con los niños, su ecuanimidad, firmeza y paciencia la señalaron como idónea para educarla.

Custodia, sin oficio alguno, realizaba las tareas más duras de la casa. Iba a la búsqueda diaria de alimento. Se pasaba horas a la cola para conseguir algo, hacía las comidas, mantenía encendida durante el invierno la cocina de carbón las horas que Matilde determinaba: según la intensidad del frío, calculaba el gasto, y decidía entonces. Custodia lavaba a mano toda la ropa de la casa y la personal de cada una de ellas, y rehacía los colchones de lana cuando llegaba la primavera. También fregaba las escaleras de la casa desde el tercer piso hasta el portal, un día a la semana, con esparto, lejía y arena de río.

Amparo limpiaba la mitad del piso e Irene la otra mitad. Matilde, nada. A las ocho y media en punto se levantaban ellas dos, y a las siete y media Custodia, para prender la cocina y preparar los dos potes con el hervido. Uno de malta con una pizca de café para Matilde y el otro de malta con achicoria o cascarilla para las demás.

A las nueve de la mañana, Irene y Amparo se colocaban bajo los pies las bayetas de lana para sacar brillo a los tablones de madera de castaño del suelo. Mientras jaleaban el cuerpo cantaban las canciones de moda. Amelia, entonces, se quedaba muy callada y escuchaba. Empezaba Irene con un tono suave: «Él llegó en un barco, de un mundo ignorado, él vino en el barco y me quiso a mí». Amparo se le unía y, al poco rato, también Luz, la vecina del segundo segunda. Sin darse cuenta se entusiasmaban y las voces subían de volumen hasta llegar a la calle. Algún transeúnte bienhumorado las secundaba con unas notas al paso. Otras veces era un malhumorado quien les respondía soltando una retahíla de improperios por la falta de respeto, por el

insulto que suponía cantar después de tantos héroes muertos. Ellas murmuraban para sí que también su hermano faltaba por regresar, pero quién podía ignorar la alegría del fin de la guerra. De momento esquivaban la zozobra que surgía al pensar que Antonio ya debía haber vuelto. Calma. Ocurrían esas cosas. No podían ahogar el impulso de cantar, reír, porque su interior les decía que todo se iba a resolver en nada. Entonces se retiraban discretamente antes de que Matilde se enterase del percance. Solían terminar con una taza de malta las tres juntas y atentas a las noticias de Luz, que empezaron a convertirse en habituales: Creo que Martín, el cuñado de Isidro, el que arregla tan bien el tiro de las cocinas, vino ya de regreso. Conducía un camión de abastecimiento y cuando le comunicaron que la guerra había acabado, *desfrenó* el camión para que se despeñara, se deshizo del uniforme y apareció sin más en casa de su hermana. Ahora todo depende de la discreción y de que a un mal nacido no se le ocurra denunciarlo. Y vosotras, ¿sin noticias del primo de América?

—No, nada. Esperamos que en cualquier momento nos lleguen.

El pasado inmediato persistía en ellas con tal intensidad que brotaba en cuanto la taza de malta aparecía entre sus manos.

—Me aseguraron que lo hacen debajo de la manta.

—¡Por Dios, Luz! Cómo se van a dedicar a esas asquerosidades en el sótano mientras caen las bombas. ¿Te refieres a...?

—A ellos, a ellos. Eufrasia y Sagunto.

Irene se dio una palmada en el muslo y miró con entusiasmo a su hermana.

—¿Te acuerdas, Amparo, de lo que te comenté? Desde los primeros bombardeos los calé, Luz. Primero pensé que aquellos bultos tan raros que se notaban bajo las mantas

eran por las sombras de las velas, porque yo soy bien pensada, chica, pero me puse a observar y los tejemanejes que se notaban por ahí abajo. No sé..., no me gustaban nada, ¿sabes? Porque a los demás, ni se les movía la manta, ni sus sombras, ni se les inflaba nada, salvo por algún sobresalto si caía un mortero cerca. Y a ellos, chicas, se les distinguía un algo diferente, como si, no sé cómo decíroslo. Pero tú sabes más de eso, Luz, que eres una mujer casada.

—Sí, aunque a Fernando le dura un segundo, chica. Plis, plas, y listo. Y ni se nota. Fíjate que a veces, desorientada, le pregunto, ¿ya, Fernando, o no has empezado?

—Luz, no nos des el detalle, que nosotras de esas cosas, nada.

—Ay, chica, pues si supieras..., tanto misterio y tanto cuento para tan poca cosa.

—Pues otras cuentan maravillas.

—¡Irene!

El entusiasmo de Irene fue cauterizado en el acto por la mirada de Amparo. Luz se reía. Boca grande y de labios glotonos pintados con un carmín que se corría por la comisura. Con coquetería, se pasaba una y otra vez el dedo para limpiarse y así evitar el emborronamiento del color, que sabía que producía muy mal efecto. Bajita, con sus eses bien pronunciadas, carnales y blandas. Un ojo un poco más cerrado que el otro, razón por la cual se peinaba con una onda caída sobre el lado menor, como «la Verónica Laque» decía muy ufana y orgullosa de sí misma. Veintiséis años.

—Y ojalá no me quede embarazada nunca, decía.

—¿Te comentaron algo los vecinos, Luz?

—Clementina, la del cuarto segunda, me dijo el otro día mientras esperábamos a la cola del pan, que, por cierto, para mí no alcanzó, que a ella su marido le había dicho que no volverían a bajar al sótano mientras no nos reuniéramos todos para tomar una decisión sobre el caso. Que a él le parecía una inmoralidad sin nombre, que merecían la excomunión, que seguramente eran rojos, y que lo mejor para

todas las personas decentes era avergonzarlos y no permitirles desvestirse si querían disfrutar del refugio. Tanto colchón, tanto colchón. Ni que fuera un hotel.

—A lo mejor se abrazan por el miedo, pero por lo otro, ni hablar. Además, cómo les vamos a impedir que se refugien en el sótano.

—Nosotras no, Amparo, pero los de comunión diaria y golpes de pecho son terribles, chicas, y en este vecindario abundan.

—Cada uno es libre de pensar como quiera.

—Huy, Irene, eso se verá de verdad cuando volvamos a la vida normal. A saber cómo nos las vamos a apañar para convivir después de tanta tralla.

Interrumpían la conversación por unos momentos para seguir con risas y la malta medio fría, pero enseguida llegaba Amparo con refuerzos de malta hirviendo y un plato de galletas. Las amasaba Matilde con la harina y la nata de la leche con que pagaba las clases una chica de un pueblo cercano, que se lamentaba a Matilde de que, en cuanto acabase la guerra, ya no podría volver a clase porque su padre la obligaría de nuevo a pasar el día entero cuidando el ganado, y añadía que ojalá la guerra durase hasta que ella terminara de aprender. Luego le pedía perdón a Dios y a Matilde.

—Los hombres son tan brutos..., si solo existiéramos las mujeres, qué bien marcharían las cosas.

—Ya, ya, mira qué lista. Tú lo dices porque has conseguido marido.

—Mujer, tú con lo guapísima que eres, en cuanto se reanude la vida normal, ya verás, se te rifarán.

—Con tantos lisiados, enfermos o en la ruina, mal lo veo.

Irene meditaba sobre los pocos hombres que le quedarían para escoger. ¡Dios mío!, que se acabe pronto esta guerra, a ver si llego a tiempo. En el fondo estaba segura de que si sobrevivía uno, un único hombre, ese sería para

ella. Recordaba que en los primeros meses de la guerra los bailes permanecían abiertos y ella se había empeñado en que Matilde le hiciera un vestido porque un chico estupendo y que era un buen partido y que parecía que... la había invitado. Su hermana la había sermoneado a gusto: Estamos en guerra, sin qué comer casi, con la zozobra de que una bomba nos deje sin casa o nos mate, ¿y lloras por un vestido, Irene? No tienes cabeza, hija. Al poco tiempo ya no quedaba en pie un solo sitio para ir a bailar.

Las confidencias de Luz sobre los tejemanejes en el refugio habían interesado de tal forma a Irene que inmediatamente tomó la decisión de regresar a él, olvidándose del miedo a los piojos con tal de no perderse detalle. Cuando la alarma no sonaba, muchos vecinos permanecían en sus casas, pero otros tomaron la costumbre de pasar allí la noche para no verse obligados a trasladarse de madrugada; un vaso de agua, un despertador y una radio de galena. Entre las personas que bajaban cada noche al sótano se encontraban Eufrasia y Sagunto.

Pero a las diez Matilde dijo que qué derroche de velas, que todas a la cama porque aquella noche se percibía tranquila. Y miró hacia donde últimamente buscaban aviones, en lugar de párpados encendidos.